

LOLES LÓPEZ

Atardecer para dos



booket

Loles López
Atardecer para dos

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Loles López, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2025

Depósito legal: B. 11.677-2025

ISBN: 978-84-08-30624-5

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

1

El tipo de la barra

EMMA

Escondo el labio inferior debajo del superior intentando frenar el enorme bostezo que quiere salir para desenmascarar la realidad. Mientras mi cita, sentado enfrente de mí, sigue contándome, con todo lujo de detalles, el arte de pescar langostas.

Sé que esto me lo he ganado solita, porque ¿quién en su sano juicio, nada más llegar al pueblo que ha elegido para empezar otra vez de cero, busca en la aplicación de citas un plan para su primera noche?

Exacto, a mí.

Y, aquí estoy, vestida con un ajustado vestido azul con un amplio escote porque me apetecía verme guapa y sexi, muriéndome de aburrimiento, mientras este tipo sigue hablando del ecosistema de la langosta y de cuándo es mejor capturarla. Me temo que en la hora y media que llevo aquí sentada solo he metido baza dos veces: la primera para decir qué quería de beber y la segunda para preguntar a qué se dedicaba. Y ahí, justo en ese momento,

ha empezado su monólogo y, después de tanto rato escuchando siempre lo mismo, ha comenzado mi lucha contra los bostezos.

Cojo mi vaso de Coca-Cola, le doy un trago y mis ojos se pierden por el fondo de este bar, justo detrás de Berni, mi cita, que sigue dándome detalles sobres las langostas y que parece solo se contenta con tener a alguien delante para hablar como si le acabaran de dar cuerda. Me fijo en que, en este pequeño y acogedor local, que está muy cerca de donde voy a vivir a partir de ahora, no hay mucha gente a estas horas. Una pareja en un lateral hablando entre susurros y que parece estar empezando a salir porque no paran de toquetearse; tres hombres de alrededor de cuarenta años sentados juntos en la barra de espaldas a mí y que deben conocerse de toda la vida porque no paran de conversar entre ellos y con el camarero que está tras la barra; y otro hombre, más joven que ellos, sentado en un taburete alto, en el lateral, alejado de todos...

El tipo en cuestión está mirando su cerveza, que se encuentra encima de la barra, mientras le da vueltas lentamente. Como si estuviese pendiente de los círculos que hace la condensación del frío cristal sobre la madera barnizada. Lleva una camiseta de manga corta blanca que deja ver sus brazos, unos poderosos, bronceados y fuertes que, a cada pequeño movimiento que hace, se le marcan los músculos de una manera hipnótica. Sin embargo, no es eso lo que me ha llamado la atención, sino su manera de sentarse, erguida, distante, soberbia; como también su cabello más largo por arriba que cae sobre su frente ocultando su mirada, como si no quisiera que nadie se asomara a las profundidades de sus ojos...

Como si quisiera ocultar algo...

Parece un hombre solitario, alguien de difícil trato e incluso presuntuoso porque nadie se le acerca y mucho menos le dirigen la palabra. Desconozco si es un lugareño

o un turista, como tampoco sé cómo es su rostro; entre el ángulo y la poca luz, me resulta complicado verlo desde donde estoy sentada, aunque puedo intuir que es mayor que yo y atractivo...

Tengo que dejar de mirarlo cuando Berni deja de hablar de golpe y vuelvo a enfocar mi mirada en él para mostrarle una sonrisa.

—Es muy interesante —miento descabelladamente, pues he desconectado hace un buen rato—, pero me imagino que harás otra cosa que no sea trabajar, ¿no?

—Bar Harbor es un pueblo pequeño —me asegura con los ojos brillantes por el alcohol. ¿Cuántas cervezas se ha tomado desde que he llegado? ¿Seis?—, tampoco hay mucho más que hacer.

—Vaya...

Con tíos así a una le entran ganas de vivir para siempre en este pueblo, ¿eh?

—¿Te gusta la langosta?

¡Y volvemos al tema preferido de Berni! Parece que este hombre de veintitrés años no sepa hablar de otra cosa, ¿será algún fetiche extraño?

¿Le molarán tanto las langostas que tenga un disfraz en su casa para ponerse a tono?

Un repelús me cruza el cuerpo e intento disimularlo moviéndome en la silla.

—La verdad es que nunca la he probado —le confieso con una sonrisa, y su gesto ebrio se transforma en incrédulo. Me temo que ahora mismo está dudando en si soy una extraterrestre que aborrece las langostas o un bicho todavía más raro—. Pero, claro, ya que estoy aquí, aprovecharé para remendar ese error. —Aunque esté cogiendo manía a ese animal solo con escucharlo hablar.

—Tienes que ir a Rose Eden Lobster. Ahí las hacen tan deliciosas que no querrás comer otra cosa —indica, y sonrío intentando aparentar que estoy deseando ir, aun-

que la verdad sea otra. No es un manjar que me llame especialmente la atención—. Podría llevarte mañana si te apetece.

—Vaya... Bueno, vamos a ver qué nos depara la noche —susurro angustiada de repetir otra cita con el amante de las langostas.

—Creo que está yendo muy pero que muy bien... —dice con un tono que intuyo se cree Berni que es seductor, pero es más como una especie de susurro desinflado y vacilante y que acompaña con un vistazo para nada sutil a mis pechos y que provoca que la bilis se me suba a la garganta.

Parpadeo, sonrío y me encojo de hombros sin abrir la boca, porque no quiero soltarle lo que pienso a este hombre. A ver, que a mí me resulten soporíferos la vida y milagros de esos bichos con pinzas en las patas, no quiere decir que a otra mujer no le resulte fascinante y tampoco quiero desmotivarlo. Seguro que su media langosta anda por ahí buscándolo desesperadamente.

Berni me mira extasiado mientras se termina su cerveza y abro la boca antes de que empiece otra vez con el tema estelar de esta noche.

—Voy un segundo al baño.

Me levanto, me bajo el largo del vestido que me llega casi por encima de los muslos, cojo mi bolso y camino en dirección al aseo deseando un pequeño descanso entre tanta langosta. Pero, sobre todo, queriendo un poco de tiempo para pensar en cómo me largo sin que mi cita se siente mal... Si es que no sé por qué me esfuerzo en intentarlo una y otra vez, las aplicaciones de citas no sirven para nada y da igual en qué ciudad o pueblo esté, parece que el algoritmo siempre me busca a hombres que no tienen nada que ver conmigo. Con los que tengo que lidiar durante toda una velada porque, ¡demonios!, no quiero ser maleducada y soltarles a la cara lo que realmente pienso de ellos.

Y ya sé que con casi veinte años —los cumplo a final de año— no debería estar tan obsesionada con encontrar pareja y que debería estar centrada en pasármelo bien. En divertirme y tener noches desenfundadas de alcohol y sexo sin compromiso.

Pero lo estoy.

Con diecisiete años viví lo que era el amor y el desamor, en una relación corta y demasiado intensa por mi parte. He pasado de no querer volver a relacionarme con nadie a nivel emocional —hasta tal punto de huir de cualquiera que me insinuara algo— a desearlo con cada partícula de mi ser, y este cambio se debe a que estoy preparada para dar ese paso. Para tener una relación formal, para implicarme con otra persona y confiar en ella; sin embargo, por el momento no he encontrado lo que busco... Es posible que sea un poco exigente porque no solo busco el amor, no solo busco enamorarme o que se enamoren de mí, no solo busco la atracción, sino que estoy buscando la conexión completa con un hombre. Busco más allá del cuerpo, quiero encontrar a mi alma gemela. *A mi todo*, aunque parece que se me está resistiendo encontrarlo. Creo que en estos meses he tenido más citas que en toda mi vida y todas han sido un auténtico desastre, aunque no pierdo la esperanza de hallar lo que quiero en mi vida.

De repente, mis ojos se topan con el hombre que está sentado en el lateral de la barra, el mismo que me ha llamado antes la atención. Ha cambiado su postura, ya no está mirando su cerveza, sino que tiene sus ojos puestos en mí. Trago saliva al darme cuenta de lo atractivo que es. ¡Diablos!, es mucho más guapo de lo que me parecía cuando lo he visto cabizbajo y su mirada es tan penetrante, tan perturbadora, que me hace contener el aliento. Porque... me está mirando a mí, ¿verdad? Giro ligeramente la cabeza hacia atrás y veo que no hay nadie.

Me pongo nerviosa, ¡histérica!, al corroborar que, en efecto, me está observando a mí, y siento como mis pasos antes confiados comienzan a perder fuste, a hacerse inestables, hasta sentir como me tropiezo conmigo misma, como si tuviese dos pies izquierdos. Me doy tal golpe yo sola con la punta de mi zapato en mi tobillo que no puedo evitar hacer un gesto de dolor y tragarme una blasfemia. Cuando mis ojos lo vuelven a buscar —soy así de incauta—, su increíble boca se estira en una arrogante sonrisa que consigue en el acto sonrojarme.

¡Demonios! Pero ¡¡esa sonrisa debería estar prohibida para la salud!!

Y agacho la mirada para centrarme en llegar cuanto antes al dichoso aseo y, a ser posible, sin caerme de bruces en el suelo.

Acelero el paso y sé que es una locura hacerlo cuando siento mis piernas como dos torres de gelatina, pero quiero desaparecer ahora mismo. Si tuviera una bomba de humo la echaría delante de él, me quitaría los tacones y echaría a correr como una loca.

Cuando al fin entro en el aseo —con dolor de tobillo, pero a salvo de su mirada penetrante—, me miro en el espejo y veo horrorizada que mis mejillas están completamente rojas.

Pero ¿qué me ha pasado? Solo me ha mirado y me he comportado como una quinceañera nerviosa. ¡Maldita sea, si hasta estoy hiperventilando! Menos mal que el aseo estaba cerca, si no, me temo que me hubiese desparramado por el suelo y hubiese acabado haciendo un ridículo espantoso.

Cuando vuelva a salir no puedo mirarle.

Es solo un tío. Uno muy atractivo, es cierto, pero seguro que no es para nada mi tipo. Si solo hay que verle... tiene la señal de peligro encima de su cabeza y no estoy dispuesta a saltarme esa advertencia.

Los hombres así no quieren una relación estable y es, precisamente eso, lo que estoy buscando y no un lígüe de una noche...

De repente la puerta se abre y, al girarme en esa dirección, el tipo de la barra entra en el cuarto de baño de señoras mostrando una sonrisilla arrogante.

Pero... ¿¡¡qué!!?